

Estereotipos de género y sentido común en el entorno digital: la redefinición del patriarcado

ANGELA SIERRA GONZÁLEZ

Profesora de Filosofía, Universidad de La Laguna

asierrgo70@gmail.com

<https://orcid.org/0000-0002-1918-9689>

Resumen

Las tecnologías y sus procesos de producción obedecen a diferentes tradiciones cognitivas y a diversos intereses sociopolíticos. En la actualidad, las nuevas tecnologías operan con eficacia redoblada en el proceso de identificación de *cultura e interés*, invalidando los cambios sobrevenidos en el sistema sexo-género en beneficio de la redefinición del patriarcado con estereotipos retóricos. Así, estos inspiran y modulan las estructuras sociales mediante la construcción social de un *nuevo sentido común*, en cuanto este es un conocimiento que no requiere un aprendizaje previo. Es una forma de ver las cosas y de asumir estereotipos que asociamos a la cultura social al margen de las instituciones educativas y, en la mayor parte de los casos, estos estereotipos retóricos se difunden contra estas. Por ello, merece una especial atención el papel que están jugando las retóricas *tradicionalistas* en la instauración de estereotipos en la configuración de un *nuevo sentido común patriarcal* que reconfigura las subjetividades y su grado de dependencia o autonomía, particularmente evidentes en la reconfiguración de los géneros y sus roles en el entorno digital.

Este es un tema relevante sobre el que hay que reflexionar no solo por su actualidad, sino porque las nuevas tecnologías sitúan en primer término la generalización de *pedagogías circulares* desinstitucionalizadas, aunque vinculadas a circuitos empresariales de diversa escala y sentido, que cuestionan a través de sus retóricas no solo las subjetividades autónomas, sino la propia *noción de autonomía* cultural o psicológica. De esta manera, se convierten las subjetividades en campo de confrontación de valores con el argumento de que se pretende detener la explotación inescrupulosa de las tecnologías y de los

procesos pedagógicos como expresión de una manipulación legitimada de la sociedad, pero, a la vez, se sigue las pautas de adoctrinamiento denunciadas al cuestionar ciertos derechos de alteridades oprimidas, y de las mujeres, como derechos *contra natura*.

Por tanto, se pretende demostrar en este trabajo que la generalización de estas retóricas influyentes en la construcción de un *nuevo sentido común* está siendo impulsada por un nuevo patriarcado como muro de contención contra los cambios en entorno digital con el fin de retrotraer los sobrevenidos en el seno de la estructura social.

Palabras claves

Sentido común, estereotipo, retórica, sistema sexo-género, patriarcado.

Tecnologías, desdemocratización y neoconservadurismo

Las nuevas tecnologías son cada vez más relevantes a la hora de influir en la construcción de identidades, así como en la transmisión de estereotipos de género e ideales estéticos. Todos ellos, conjuntamente y por separado, impulsan, de un modo u otro, a adoptar los roles de géneros tradicionales según el imaginario social del patriarcado. De hecho, a través de la recurrencia de ciertos modelos de cuerpos y acción, que son expuestos en las redes sociales, es posible conocer cuál es el imaginario colectivo de una sociedad, de cómo esta se imagina a sí misma y cómo imagina el sentido y acción de sus integrantes. Y eso es observable en las redes sociales. Las redes se han convertido en el lugar privilegiado para conocer los imaginarios sociales y las variables intergeneracionales del sentido común. En ellas se utiliza, fundamentalmente, la imagen para transmitir mensajes e ideas. No es casual. Vivimos en un régimen icónico. Así, se yuxtaponen y desfilan ante el observador/a imágenes fútiles que, en su acumulación narrativa, acaban imponiendo el marco de acción posible a las subjetividades activas interesadas en encontrar vínculos sociales en donde anclar su identidad.

Según Derrida (1967), el sujeto moderno es deconstruido en su pregonada autonomía, autosuficiencia, congruencia y estabilidad, y todas estas aparecen, a su juicio, como una ficción. Ahora, revisando el contenido de las redes, es pertinente hacerse la pre-

gunta ¿qué es realidad y qué es ficción? Esta es una interpelación que discurre por el sendero trazado por viejos interrogantes no despejados, como «qué somos, qué queremos y qué podemos llegar a ser». En concreto, Derrida ha puesto en cuestión la posibilidad de que la conciencia sea una experiencia directa y no mediada¹ y el poder de las redes le ha dado la razón, habida cuenta que este poder se ha cimentado en la mediación y, por ello, obliga a indagar cuáles son los límites de la realidad y de la invención que transmiten, dado que es un proceso que comporta innumerables variables. Una de ellas, los estereotipos de género.

El estereotipo, en términos generales, se produce y se reproduce a través de la propia red mediante pautas visuales que lo reafirman. Pautas que son aceptadas por las y los usuarios de las redes. Así, las imágenes digitales tienen, actualmente, un papel crucial en la socialización de género, y si se levantaran las máscaras que encubren las intenciones –en el caso de las mujeres–, se vería que a estas le brindan solo dos posibilidades icónicas: la docilidad o la sexualización.² En ambos casos, el estereotipo connota dominación, por una parte, y subordinación, por la otra. Expresa el modelo relacional del imaginario social del patriarcado, cuyos significados culturales influyen en el diseño, el uso y la producción tecnológica.

La importancia de los imaginarios sociales y sus claves políticas

En este contexto, ¿qué importancia tienen los imaginarios? Hay muchas formas de responder a esta pregunta, pero aquí vamos a ceñirnos a analizar la dimensión política de los estereotipos. Por otro lado, hay que señalar que la construcción o destrucción de los imaginarios y sus mitos es un acto político. Hay un

1. A juicio de Derrida, el yo estaría penetrado por elementos sociales, históricos y, por tanto, ideológicos. Igualmente, no sería posible la integración del yo, sino que hemos de hablar de un yo multidimensional y descentrado. Derrida criticaba también la lógica excluyente de la identidad, que permite pensar en el yo como una entidad autónoma.

2. La pornografía es uno de los coadyudantes en la sexualización. El acceso a material pornográfico es y ha sido relevante a la hora de conformar una nueva adicción, la de los llamados digisexuales, humanos que solo tienen placer a través de tecnologías.

argumento a favor de esta elección; a saber, es casi imposible sustraerse a las dinámicas políticas de la producción icónica presente en las redes. Los imaginarios son inestables, pero resistentes. Sobre su resistencia, en *Ojos y capital* (2015, p. 40) Remedios Zafra sostiene que es preciso relacionar el hecho de ser visto en la pantalla

con existir y formar parte de las nuevas lógicas de «valor» en el mundo ... lo expuesto y enmarcado en la pantalla ... es lo que parece determinar hoy la nueva ontología de la cultura red, la nueva articulación de lo real.

Así, los imaginarios icónicos sufren revisiones. Alteraciones parciales o totales, sin que ello signifique que se cambie la orientación del poder que subyace en su interior.

La política es el campo de juego de las relaciones de poder y el diseño icónico de las relaciones de poder adquiere un particular interés en un contexto en el que se está produciendo un proceso de desdemocratización, motivado por la hegemonía global del neoliberalismo y por el resurgimiento del neconservadurismo. En este entorno, las mitificaciones identitarias y las idealizaciones de género se presentan como tópicos derivados de un conjunto de definiciones que, siendo retóricas –por tanto, figuras del discurso–, se esgrimen como si fueran certezas objetivas. Si bien la búsqueda de certezas en el manejo de la realidad no reside hoy en apelar a definiciones, habida cuenta que realidad y virtualidad se han convertido en paisajes cotidianos intercambiables y ello engendra una constante demolición de dogmas del sentido común y una reconstrucción de nuevas teologías y sistemas de creencias de sentido común. ¿Dónde reside la clave de esos procesos? Se trata de un mundo presidido por la obsolescencia de ritos y creencias. Así que, las estrategias conceptuales de los discursos basados en el sentido común no conducen a comprender el trasfondo de aquello que permite afirmar que algo es racional o razonable, de tal forma que se pueda recurrir a la autoridad de la razón para descifrar identidades, estereotipos y emociones.

El mundo real versus el mundo virtual

Nada nuevo se dice cuando se afirma que la desmocratización y el neoconservadurismo tienen nuevos aliados, las nuevas tecnologías. A partir de estas no solo se vive en un paradigma icónico, sino que, además, ha surgido un nuevo espacio de actores y asuntos que vienen a poner en cuestión la proximidad corporal y emocional, así como el papel que el espacio juega en los procesos de vinculación social y de identidad colectiva. Hay que tener en cuenta que el espacio es portador de significado. Puede hacernos próximos o lejanos. Diferentes o iguales. Homogéneos o heterogéneos. De tal manera, que en el mundo real el espacio es una categoría de análisis central para la comprensión de los fenómenos sociales contemporáneos, pero en el virtual, lo es el tiempo. En muchos sentidos la geografía ha desplazado a la historia, pero la virtualidad ha cambiado no solo la percepción del espacio, sino, también, del tiempo.

Como advierte Foucault en su conferencia de 1967, *Des espaces autres*, se ha arribado a una nueva época que trae consigo una nueva experiencia del espacio:

La de lo simultáneo, la yuxtaposición, la de lo cercano y lo lejano, la de la proximidad, la de lo disperso, en la cual el mundo se experimenta menos como una gran vida que se desarrolla en el tiempo y más como una red que conecta puntos y entrecruza con ellos su madeja.

En esta reflexión, Foucault se anticipa a un hecho actual, a saber, a disociación de realidad y virtualidad. Una disociación que ha transformado nuestros sistemas de interacciones y la exteriorización de la identidad revirtiendo, de paso, la percepción de los lugares de vida en común, el sentido de soledad o aislamiento. La disociación entre realidad y virtualidad ha suscitado la aparición de nuevos dilemas referidos al tiempo, en general, pero, también, en particular, lleva a preguntarnos cuál es nuestro tiempo y si es un tiempo sin estereotipos de género, o si, por el contrario, reproduce, sin cuestionarlos, aquellos que han resultado representativos de los complejos espacios de la realidad dividida en público y privado que distinguía los espacios que eran accesibles a las mujeres y los que no. Sobre esa distinción se construyó toda

una subjetividad feminista en contra de las restricciones espaciales, que luchó contra estas, sin poder anularlas del todo.

El mundo virtual de las nuevas tecnologías: la cotidianeidad y la historia

Situado en estos parámetros, ¿a qué se enfrentan las subjetividades feministas en el mundo virtual? Los miembros de las comunidades digitales establecen su relación en el momento y sobre el tópico que engendra el encuentro. No es una relación hacia atrás y tampoco hacia delante, es del momento. Así, el papel crucial de los factores contextuales y algunas de las complejidades que están en juego en la interacción en la realidad física desaparecen en las experiencias en línea y de internet. Hay un *continuum* temporal que prescinde del acontecer cotidiano, como relato, pero igualmente prescinde de la historia como lugar de la interconexión de acontecimientos. Esta es una cuestión relevante, pues la interconexión de hechos, acontecimientos y políticas preside la estrategia de cambio de las subjetividades feministas.

¿Cómo se ha dado esta interconexión y cómo la misma ha afectado la recreación sucesiva del sentido común? Para dar cuenta de esta circunstancia hay que identificar la asociación que se da, en los procesos de cambio, entre fenómenos empíricos y cognitivos. En el análisis político no se puede prescindir del acontecer cotidiano, pero tampoco se puede prescindir de su comprensión y explicación. Así lo reafirmó el lema de la década de los ochenta, «lo personal es político», cuando se enseñó a las mujeres que la base de su opresión residía en la enajenación del propio cuerpo, como señalaba Germaine Greer (1985), y se analizaron los factores históricamente complejos que habían dado lugar a su permanencia en el tiempo.

El desarrollo teórico requiere, además, establecer una relación de cotidianeidad e historia. Es decir, requiere, a su vez, hacer abstracción de los eventos concretos para establecer regularidades en las coyunturas temporales. La aristotélica relación de causas y efectos juega su juego en las coyunturas políticas. Lo mismo acontece con los ideales regulativos; así que, para dar cuenta de la interconexión de la teoría y la praxis feminista, inevitablemente hay que situar el análisis en el campo de acción de la política,

pero no basta con practicar esta ubicación, dado que en ella se ha dado, tradicionalmente, la tendencia a naturalizar y ontologizar las causas de la dominación. Es preciso, además, el análisis político empírico que distinga la explicación de lo que es de la evaluación de lo que debe ser, tanto para dar cuenta de los progresos de la igualdad cuanto para dar cuenta de los retrocesos.

La resignificación de los estereotipos y la política de los «grupos de interés»

Actualmente no han desaparecido las restricciones espaciales, y en ello han tenido mucho que ver los estereotipos. Por ello, desde el discurso feminista es válido hoy hacerse una pregunta sobre las funciones de los estereotipos, ¿acaso la virtualidad resignifica el estereotipo cuando cambia la percepción del espacio? De hecho, la percepción de la distancia cambia en las redes digitales, mostrando la emergencia de un nuevo cambio cognitivo que no se limitaría a un desplazamiento epistémico categorial de la noción de distancia y proximidad, sino, también, de Estado y ciudadanía que conduce a un replanteamiento de las divisiones sociales y a los grupos de interés que operan a través de ellas.

Desde esta perspectiva, parece justificado reconsiderar ciertos aspectos singulares de las nuevas tecnologías que configuran –y desfiguran– la acción de las subjetividades feministas. Estas han sufrido el asalto de estrategias partidarias para atraerlas a una opción política determinada que no excluye el estereotipo «mujeres» del sentido común operante. De hecho, este propósito, «atraer a las mujeres», ha pasado a ser un «pegamento simbólico», en palabras de Ailynn Torres Santana (2020), de muchas agendas partidarias, sindicales y de organizaciones políticas diversas, desde sus escalas inferiores a superiores. De algún modo, esas prácticas políticas se han encaminado a tratar de resolver un código común aplicable a todos los casos de lo que significa ser mujer. Si bien ello no ha supuesto la anulación de intereses distintos para cada grupo posible, se ha generado una cierta «desagregación» de los grupos. Aunque no se han creado nuevos lugares de identificación y reconocimiento comunes para las mujeres, sí se ha tenido en cuenta la recreación de intereses contrapuestos. Ciertamente, los lugares de identificación y reconocimiento co-

munes para las mujeres son los tradicionalmente sostenedores del patriarcado, que resultan, incluso, en las dinámicas redes sociales actuales, estancados y opresivos, pero sin perder el «interés» como divisor común. De hecho, las categorías o subgrupos se constituyen socialmente como espacios separados y diseñados para enfrentar a las mujeres.

Por otro lado, mientras el neoliberalismo engendra «grupos de interés» divisores, la tendencia neoconservadora a confrontar las subjetividades feministas con subjetividades precarias emergentes ha sido una forma de debilitarlas, cuando no de desacreditarlas, basándose en exclusiones que implican una precariedad o vulnerabilidad particular de estas últimas, ante las cuales se afirma que las subjetividades feministas son privilegiadas y que ellas mismas forman parte de la precariedad y explotación de otras subjetividades subalternas.

A través de estos complicados procesos se ha buscado deshacer un modelo de teoría y práctica –el feminismo– que ha perseguido la consecución de una sociedad más igualitaria y justa, seguramente, porque es un discurso que tiene un potencial de cambio que comprende toda la sociedad en su conjunto y no solo una parte de ella. Pero, especialmente, esto ocurre, porque ese discurso, que se pretende anular, es expresión de un nuevo actor social, la subjetividad feminista, que tiene el privilegio de actuar basándose en una nueva racionalidad política, fundada en su propia otredad, como experiencia de la diversidad de grupos y categorías sociales, invisibilizados, violentados y enfrentados por el neoliberalismo.

La absorción de los discursos emancipadores

La resistencia a intrusiones de diversos sentidos de los discursos emancipadores –el feminismo es uno de ellos– obliga, por otro lado, a examinar por separado las nuevas tecnologías, dado que estas sitúan en primer término la generalización de pedagogías circulares desintitucionalizadas, aunque vinculadas a circuitos empresariales de diversa escala y sentido. Pedagogías que cuestionan, a través de sus retóricas, no solo las subjetividades autónomas, como sucede con las subjetividades feministas, sino la propia noción de autonomía cultural o psicológica. Estos circui-

tos empresariales intentan absorber, mediante agendas partidarias, sindicales y políticas, la novedad que supone la eclosión ontológica de sujetos feministas, habida cuenta que estos aparecen socialmente definidos –y definiéndose– mediante una práctica política alternativa que cuestiona la democracia liberal-occidental al practicar una ruptura epistemológica que abre espacios para entender la realidad a saberes subalternizados conocedores de la dominación. Y, en consecuencia, desvelar la manera en que se escamotea con estereotipos, pasivos y estancados, el potencial liberador del feminismo. Las retóricas contrarias al feminismo confrontan las subjetividades feministas con valores que solo mantienen la docilidad que precisa el *status quo*. Pero este no es el único medio de desactivar su potencial emancipador. Se le resta influencia sexualizándolo con el concurso de las nuevas tecnologías, practicando un uso y un abuso de la representación de los cuerpos de las mujeres. El argumento de fe consiste en que el feminismo suprime valores y favorece la intrusión de sujetos y prácticas sociales inescrupulosas y degradantes. Así que, para proteger los valores tradicionales, hay que detener los procesos pedagógicos feministas.

Es obvio que con la defensa de los valores no se pretende despejar incertidumbres y temores, sino mantener docilidades. Por ello, de un modo casi invisible, se desatan eficientes maquinarias narrativas desencadenando fuerzas y situaciones que compatibilizan una posición dominante en el acceso a las tecnologías con la exposición pornográfica de los cuerpos degradados de las mujeres en las redes. Y, a la vez, se sigue difundiendo en estas –por los cómplices del patriarcado– las tradicionales pautas de adoctrinamiento, cuestionando ciertos derechos de alteridades oprimidas y de las mujeres, como derechos disruptivos que demuelen la moral y la familia. Evidentemente, bajo este planteamiento, hay designios neoconservadores que se entrecruzan, o superponen, sobre el neoliberalismo que mira la pornografía, exclusivamente, como un negocio.

La alianza del neoliberalismo y el neoconservadurismo en las nuevas tecnologías

Una de las cuestiones significativas que tratar en el acercamiento a las nuevas tecnologías como espacios de acción, lo constituye la vigencia del neoliberalismo como ideología hegemónica convertida en bastante más que un sistema de ideas. De ahí el resurgimiento del neoconservadurismo. Ambos procesos –neoliberalismo y expansión de los neoconservadurismos– están conectados y han engendrado un debate sobre el sujeto político, en general, y, en particular, sobre la dignidad del cuerpo de las mujeres y la de las subjetividades feministas, habida cuenta que las cuestiones trans y el propio lenguaje empleado por diversos agentes en estos debates no solo constituyen disputas terminológicas sobre cómo se debe conceptualizar el sexo y el género, sino que son también formas de representar el posicionamiento subjetivo de los feminismos diversos en dicha disputa³.

Por otro lado, el feminismo y sus posicionamientos teórico-prácticos resultan como discurso opositor al neoliberalismo y al neoconservadurismo clave, puesto que se define como un movimiento con un corpus teórico no cerrado y con una práctica que evoluciona hacia nuevas formas de acción simétrica y horizontalmente relacionadas, por la asunción de valores compartidos y de imaginarios simbólicos abiertos. Pero, a su vez, por practicar la reconfiguración de un nuevo sujeto democrático y de estrategias de revisión de las formas cristalizadas del *status quo*. No son casuales las acciones en su contra. El feminismo como discurso se inscribiría, como uno más, en las teorías de la democracia participativa y deliberativa, pero, además, contribuye a la consecución de una democracia global ante las divisiones geopolíticas operantes. ¿Enfrenta el feminismo las divisiones geopolíticas? ¿Las desactiva? ¿O las recrea?

Las subjetividades feministas, en particular, y el discurso feminista, en general, tienen un propósito muy definido. A saber,

3. Los conflictos trans/feministas, conocidos también como «guerras TERF», reflejan las condiciones actuales de nuestro tiempo, en el que el discurso público está dominado por la polarización y la proliferación de la desinformación. El calificado como Feminismo Radical Trans-Excluyente, también conocido por su acrónimo en inglés «TERF» (Trans-Exclusionary Radical Feminist) es uno de los términos con mayor expansión en el contexto del debate feminista.

la transformación de lo real-social y, obviamente, es impensable un proceso de transformación social que no reposicione las subjetividades políticas –y la subjetividad feminista es una– sin voluntad de cambiar las instituciones y el entramado global que las ha creado y sostiene. Y ahí surge uno de los problemas básicos, la cuestión de la justicia global. Una de las críticas que se le oponen consiste en señalar que los feminismos, presuntamente, han orillado el problema de la justicia global. ¿Es admisible esa crítica? La cuestión de la justicia global entraría en el problema de subordinar pertenencias. Es decir, subordinar la pertenencia a una comunidad política, a la pertenencia a la comunidad humana. Entraría, pues, en la invalidación de las hegemonías⁴. Y, también, a otros asuntos no menos controvertidos como redefinir cuáles deben ser los referentes de derechos fundamentales, cómo articular un estado de derecho, o cómo estructurar sus relaciones internas y externas bajo una trama institucional transnacional. Finalmente, la justicia global remite a un conjunto de usos plurales que se relacionan con la identidad y/o solidaridad. La base de los discursos feministas son precisamente los derechos y la igualdad en los usos plurales de la identidad, de manera que impulsaría la justicia global.

Por otra parte, el discurso feminista no pretende presentar un sistema de relaciones que pueda entrar en competición, como un sistema más dentro del orden social, para arrojar fuera del poder a unos y colocar a otros, discutiendo la naturaleza de los regímenes y de los liderazgos⁵ –como es habitual en estos casos en las democracias occidentales–, sino que pretende cambiar el sistema de creación del orden mismo neoliberal y neoconservador y de

4. ¿A qué se denomina hegemonía? Se denomina hegemonía al dominio de una entidad política y social sobre otras de cualquier tipo. En el mismo significado, un bloque de naciones puede tener hegemonía gracias a su mayor potencial económico, militar o político, y ejerce esa hegemonía sobre otras poblaciones, aunque estas no la deseen, como sucede con los neocolonialismos y el imperialismo. El origen de este término se halla en Gramsci, quien construye la categoría de hegemonía para analizar y proponer la acción política, enfatizando la subjetividad al otorgar un lugar importante a la ideología y a la dirección política y cultural. Dentro de la tradición marxista, Antonio Gramsci deja de ver a las superestructuras como un epifenómeno determinado directamente por la estructura, y otorga a la hegemonía cultural un lugar central en la dominación del capitalismo.

5. Este arrojar fuera del poder o incluirlo en él se corresponde con las lógicas funcionales de las viejas lealtades y sus nuevos resentimientos, producidos por la lógica agonista de los acontecimientos históricos del ahora.

su sistema de exclusiones y divisiones, engendrando un orden alternativo, basado en dos sentidos, como un orden de las diferencias, pero, también, como orden de la universalidad humana. Va más allá de la ciudadanía digital global, un concepto, por otra parte, ciertamente aún no definido.

Las nuevas tecnologías y el declive de ciertos discursos emancipatorios

Últimamente se ha señalado que las nuevas tecnologías (internet, redes, videojuegos) han provocado una fragmentación de los espacios de socialización y el aislamiento de ciertos discursos emancipadores. Se fundamentan estas críticas en que las comunidades digitales⁶ se configuran por un proceso de afinidades, y los intercambios se sitúan más en la coincidencia que en las discrepancias. Como resultado, hay una tendencia al aislacionismo y a una homogeneidad fragmentada. Así, se afirma, con más o menos razón, que los discursos emancipadores se han resentido en la medida en que las comunidades digitales tienden a estructurarse como el espacio de los «idénticos». ¿Ha repercutido la fragmentación y el aislacionismo en las subjetividades feministas y en la difusión del feminismo como discurso emancipador? ¿Acusa el feminismo, entonces, un declive parcial como consecuencia de la irrupción de las nuevas tecnologías en las que el espacio protagónico lo ha adquirido, al menos en las comunidades digitales, el transgenerismo? Ciertamente, hay un hecho que tener en cuenta, las tecnologías y sus procesos de producción obedecen a diferentes tradiciones cognitivas y a diversos intereses sociopolíticos y, en parte, el transgenerismo, como nicho comercial, obedece a determinados intereses.

Como se ha señalado, las nuevas tecnologías operan con eficacia redoblada en el proceso de identificación de cultura e interés, invalidando los cambios sobrevenidos en el sistema sexo-género en beneficio de la redefinición del patriarcado con estereotipos retóricos, desactivando el propio discurso feminista

6. Las comunidades digitales reúnen a individuos con intereses en común para formar lazos entre ellos, con la diferencia de que los espacios de reunión son principalmente virtuales. A veces las estructuras o el tamaño de la plataforma de reunión pueden hacer difícil utilizarlas, además de limitar el alcance o diluir el objetivo que se tenía.

y orientándolo a la construcción de nichos comerciales. Estos nichos comerciales inspiran y modulan las estructuras sociales mediante la construcción de un nuevo sentido común transversal que contribuye a la asunción de estereotipos asociados a la cultura social y a subculturas urbanas presentes, además, en las instituciones educativas formales y, en la mayor parte de los casos, en sus retóricas.

Estos estereotipos retóricos se difunden sirviéndose de las mismas redes que promueven nichos comerciales. Por ello, merece una especial atención el papel que están jugando las retóricas tradicionalistas y el *wokismo* en internet y, particularmente, en los videojuegos, mediante la reconfiguración de modelos canónicos de cuerpos y vidas.

Al respecto, hay que precisar que las formas concretas y los contenidos que asumieron las creencias y conocimientos del sentido común han ido cambiando a lo largo de la historia, y el feminismo ha contribuido a sus cambios, pero, también, surgieron otros discursos con influencias feministas que se volvieron contra el feminismo. Las tensiones han presidido la aparición de otros discursos contrarios del sistema sexo-género, en la medida que algunos de ellos han actuado como formas encubiertas de apoyo al patriarcado. Cada modificación del sistema sexo-género ha transformado el escenario intelectual, a la vez que ha generado nuevos desacoples entre el desenvolvimiento material del mundo y su evolución simbólica, así que las nuevas tecnologías, en todas sus variantes, han generado contradiscursos, y el feminismo ha sido uno de sus objetivos.

Las claves del contradiscurso de las nuevas tecnologías

Uno de los modos del contradiscurso suscitado por usuarios de las nuevas tecnologías ha sido la banalización del feminismo y de la figura de las propias feministas, confrontadas a un ejército de *influencers*,⁷ representativas de una feminidad canónica a suel-

7. Un *influencer* es una persona activa en redes sociales que, por su estilo de vida, valores o creencias, ejerce un influjo directo en un cierto número de seguidores. Estas figuras públicas expresan opiniones acerca de diferentes temas y se han convertido en embajadores de muchas marcas y abanderados del marketing de la influencia.

do de significadas marcas de la industria de la moda. Por ello, la devaluación del discurso feminista ha llevado implícita la devaluación del feminismo mismo como compromiso ético. Se valora la acción de las subjetividades feministas en un sentido o en otro, según se la considere como expresión de una política de la fe o como una política del escepticismo⁸ (Oakeshott, 1998). Tanto en un caso como el otro suele aplicarse al feminismo como un modo de devaluar su sentido y acción. Y esta valoración tiene que ver con el posicionamiento teórico del propio investigador/a. Si es feminista, automáticamente resulta sospechoso/a de parcialidad. De manera que, mientras se consolida una cultura que explicita una nueva reconfiguración del patriarcado, resulta obligado no perder de vista las causas, o los efectos, de las acciones de subjetividades feministas activas y su evaluación. Sobre esta evaluación, por otro lado, habría que señalar que al practicar el examen y la valoración de las deducciones que puedan alcanzarse, no puede ignorarse la fragmentación del consenso moral y la indeterminación presente de la dignidad humana. Como destaca Gilles Lipovetsky (1992, p. 96), «ya no hay desacuerdo de fondo sobre la igual dignidad humana, en adelante lo que hay es una fluctuación social entre las definiciones de lo digno y de lo indigno».

Y el feminismo ha sido objeto de agresiones porque ha sido –y es– un discurso contra la esclavitud, la explotación y la deshumanización y, obviamente, se opone a una práctica social fluctuante sobre el reconocimiento de la dignidad. En este escenario moral, sin pretender abundar en registros básicos sobre los, presuntos, sesgos del feminismo, debemos recordar que resulta imposible alcanzar un conocimiento libre de sesgos. Tal imposibilidad se evidencia desde el momento en que todo acto metódico de conocer se orienta por los intereses y valores diferentes del investigador/a. Dadas las circunstancias, es obvio que no será el mismo conocimiento el que se pueda obtener si la investigador/a se autorreconoce como actor/a –como sucede en el caso presente– en

8. Para Oakeshott (1998), creador de esta división, el quehacer político se divide en dos grandes tendencias. Para usar las palabras del autor, se divide en dos «estilos» de actuación que denomina la «política de la fe» y la «política del escepticismo». Aquí la pregunta obvia es la siguiente, ¿fe o escepticismo en qué? Y la respuesta la da Oakeshott. Fe en la propia política, en sus facultades para trastocar lo dado y alterar el curso de la historia, en su capacidad de imponer la voluntad de una generación, un partido o una colectividad al orden heredado.

la maraña de aquellos procesos sociales que está estudiando, o si, por el contrario, asume una disposición de espectador/a, recurriendo para ello a un sentido de la imparcialidad que obvia compromisos morales.

Y, en el juicio de las acciones de las subjetividades feministas, ha de tenerse en cuenta que su discurso esgrime la revitalización de los valores éticos y el espíritu de responsabilidad como imperativo número uno de la época: la esfera ética se ha convertido, para el feminismo, en el espejo privilegiado donde se descifra el nuevo espíritu de la época. Si los puntos de partida difieren en el reconocimiento de esta realidad del feminismo, el conocimiento que se termina extrayendo de las búsquedas involucradas no puede ser equivalente.

La recreación del sentido común y el feminismo

Teniendo en cuenta estos aspectos, hay que analizar cómo el feminismo, siguiendo su propia evolución, ha influido en la recreación sucesiva del sentido común en cuanto conocimiento y valores compartidos, generando espacios de encuentros que han transformado, directa o indirectamente, los imaginarios colectivos.

De hecho, en el propósito de recreación del sentido común se han encontrado, en primer lugar, el feminismo académico y los movimientos feministas reivindicativos. En segundo lugar, ha producido una convergencia de los feminismos diversos con otros movimientos expresivos de una voluntad de cambio de otros sujetos colectivos e individuales.

En cuanto al primer supuesto, hay que señalar que la interconexión de los objetivos del feminismo académico y de los movimientos feministas reivindicativos ha permitido la creación y difusión de una conciencia rupturista que han influido, a veces sin proponérselo, sobre una multitud de temáticas, ya sea el sexismo, la desigualdad o la violencia de género. Esto ha permitido consolidar al feminismo académico como una teoría crítica, y al movimiento feminista reivindicativo como un movimiento de masas, otorgando un mayor alcance a sus reivindicaciones.

De manera que se transformó, gradualmente, el campo de acción del feminismo militante, ya fuese teórico o reivindicativo.

Y, en esta transformación, el feminismo académico ha desempeñado un rol destacado en la sociedad teniendo un protagonismo activo como filosofía de la «sospecha». Realidad que pusieron de manifiesto los estudios de género que se han realizado en conjunción con la sociología, la pedagogía y la comunicación, cuestionando la presunta neutralidad del conocimiento y sus sesgos interesados. Mientras, paralelamente, en segundo lugar, el movimiento feminista fue capaz de generar sinergias con otros movimientos reivindicativos, habiendo enriquecido su discurso a partir de artefactos teórico-conceptuales como la interseccionalidad, la colonialidad o la violencia multimodal.

Esta traslación teórica-reivindicativa se da por la centralidad en el discurso feminista de la idea de inclusión como objetivo declarado, en la que convergen con la crítica al modelo neoliberal, al neoconservadurismo, y la apelación a las ciudadanías diversas como subjetividad transformadora. Así, se construye, evolutivamente, un discurso que se presenta como una nueva forma de construcción social, basado en la igualdad y en la dignidad.

La historia zigzagueante del feminismo

Para empezar, habrá que señalar que toda reflexión sobre los cambios de paradigma –y los cambios de paradigma generados por la acción y la reflexión de la subjetividad feminista no son una excepción– transita desde el análisis de la convergencia de coyunturas y expectativas hasta el fracaso y el retroceso en la historia zigzagueante del feminismo. Las coyunturas representan los momentos en que el desarrollo de los acontecimientos da lugar a nuevas posibilidades de apertura de espacios de acción, pero, también, de clausura. Esto sucede con las nuevas tecnologías y la difusión continua de estereotipos en las redes sociales. Esto, en sí mismo, no constituye un hecho extraño. Los hechos permiten anticipar escenarios posibles de avance/progreso, de apertura y de clausura, pero los trayectos que se han de seguir y los puntos de llegada no pueden ser previstos con plena certeza ni, por otra parte, tiene que haber una identificación entre lo promovido por los sujetos activos, sean colectivos o individuales, y los objetivos alcanzados.

Los avances y retrocesos, tanto de la teoría como de la práctica, tienen que ver con derrotas políticas, en gran parte, provenientes de los desacoples de comunidades rotas o fragmentadas por minorías antagónicas con el sentido común recreado por los discursos emancipadores o por su imposibilidad de identificarse con ellos. Las nuevas tecnologías están interviniendo y moldeando estos procesos. Los movimientos sociales moldean la sociedad, pero, a la vez, son moldeados por ellas. El feminismo militante lo ha hecho. Ha moldeado la sociedad occidental, pero hay que tener en cuenta que la producción de lo social no es obra solamente de movimientos progresistas, como sucede con el feminismo, práctico y teórico, reivindicativo o académico. Los movimientos conservadores también producen lo social y disputan los sentidos legítimos de la vida y, como se ha podido observar, también, mediante el uso de las nuevas tecnologías, configuran eficaces estrategias de polarización. Son estrategias dirigidas a fragmentar y dividir las subjetividades individuales y colectivas.

A veces, sirviéndose de estas estrategias, los movimientos conservadores infieren derrotas y otras son derrotados. Como consecuencia de la fragmentación y consecuente desacople de grupos o minorías sociales del sentido común general, el feminismo ha vivido muchas derrotas. Los avances han sido y son inestables. Se insertan sus acciones en todavía. Los desacoples se reflejan sobre las expectativas de minorías que tienden a convertirse en mayorías con posturas más o menos radicales gracias al ascendiente de fenómenos de influencia recíproca, generando una polarización interseccional. En ese proceso de influencias recíprocas se da la existencia de indicadores de polarización y de afinidades determinantes del propio juego democrático.

A manera de conclusión

¿Dónde estamos? El feminismo, después de decenas de años, sigue, ante el nuevo sentido común patriarcal, fomentando la reflexión filosófica, jurídica y deontológica. De hecho, el feminismo diverso genera instituciones, aspiraciones y prácticas colectivas inéditas. Por ello, hay que analizar el modo en que ha ido evolucionando en el tiempo la percepción de la subjetividad feminista por sujetos individuales y colectivos del conjunto de la

sociedad, y, asimismo, hay que señalar el vínculo existente entre una subjetividad feminista activa y el cambio social como ruptura o como disrupción, según de donde venga el análisis, dado que la ideología bifurca el sentido.

Al margen del hecho consistente en que, en el presente, las nuevas tecnologías han dado lugar a nuevas formas de erosionar el feminismo mediante contradiscursos que rozan el discurso del odio, particularmente, en las redes sociales, también se abren otras posibilidades. Llegar más lejos con el uso de las nuevas tecnologías. Un examen retrospectivo de avances y retrocesos resulta imprescindible para lograr discernir en qué marco de resolución conceptual, histórica y política nos encontramos hoy en los estudios de género y en el feminismo militante, tanto académico como reivindicativo, y cómo este ha sido evaluado.

En concreto, los componentes críticos que vienen definiendo las visiones de la relación entre la subjetividad feminista, como actora del cambio en el pensamiento social occidental, y los comportamientos individuales y colectivos son el resultado de la unidad cohesiva lograda mediante la conformidad si no general, sí de una masa crítica con un conjunto de conocimientos y creencias compartidos por una comunidad (familia, pueblo, nación), que son considerados sensatos, lógicos y válidos en el imaginario social. Esta circunstancia determina la estabilidad o inestabilidad de los cambios. Sin embargo, en el momento presente se dan unas circunstancias particulares, pues, en el imaginario social, con el triunfo del neoliberalismo, se confrontan, actualmente, la glorificación del ego con las virtudes de la rectitud, la solidaridad y la responsabilidad. En nuestra época, como señala Gilles Lipovetsky (1992, p. 10), ante las estrategias de remoralización se observan las estrategias del abandono de toda moral. Y, precisamente, en la ética se halla definida la subjetividad feminista, en particular, y el discurso feminista, en general.

Y, respecto al camino zigzagueante, vale la pena recordar la afirmación de Geoffrey Pleyers (2024), «el cambio nunca es lineal»; afirmación que da título a uno de sus libros. A lo largo del texto, Pleyers ofrece pistas para comprender los movimientos sociales contemporáneos, sus procesos, sus prácticas, sus reivindicaciones y cómo las dinámicas sociales, culturales, políticas e, incluso, económicas vienen configuradas por las atmósferas en las que estos movimientos sociales existen y se

expresan en tiempos de altísima polarización. Y hoy, estamos en ese tiempo.

Referencias

- Derrida, J. (1967). *De la grammatologie*. Les Éditions de Minuit.
- Federici, S. (2020): *Reencantar el Mundo. Feminismo y la Política de los Comunes*. Traficantes de Sueños.
- Foucault, M. (1967). Of other spaces, Heterotopias. Traducido de *Architecture, Mouvement, Continuité*, 5, 46-49. <https://foucault.info/documents/heterotopia/foucault.heteroTopia.en/>
- Gergen, K. J. (1991). *The saturated self: dilemmas of identity in contemporary life*. Basic Books.
- Gramsci, A. (2022). *La hegemonía de los excluidos: Materiales para una vida auténtica*. Malpaso.
- Greer, G. (1985). *Sexo y destino*. Plaza y Janés.
- Lipovetsky, G. (1992). *El crepúsculo del deber*. Anagrama.
- Oakeshott, M. (1998). *La política de la fe y la política del escepticismo*. FCE.
- Plant, S. (1997). *Ceros + Unos, mujeres digitales + la nueva tecnocultura*. Destino.
- Pleyers, G. (2024). *El cambio nunca es lineal: movimientos sociales en tiempos polarizados*. CLACSO.
- Revilla, J. C. (2003). Los anclajes de la identidad personal. *Athenea Digital*, 4, 54-67. <https://www.redalyc.org/pdf/537/53700404.pdf>
- Torres Santana, A. (19 de diciembre de 2020). *Neoconservadurismo y antifeminismo: libertad, familia y vida*. Sin permiso. <https://www.sinpermiso.info/textos/neoconservadurismos-y-antifeminismo-libertad-familia-y-vida>
- Zafra, R. (2015). *Ojos y Capital*. Consonni.